



## **LA MULTICULTURALIDAD: OPORTUNIDAD Y DESAFÍO PARA EL DESARROLLO LOCAL**

**Javier Leunda**

A Alphonse Bagayogo, herrero bambara, Maestro en interculturalidad

Las migraciones contemporáneas representan la cara sorprendente de la globalización. Es la globalidad establecida en el piso de enfrente, en el autobús, en el supermercado. Estamos acostumbrados al coche fabricado en Corea, a los textiles baratos de China, al café africano y a las vacaciones exóticas. Pero el emigrante nos provoca siempre una especie de susto. Ocurre con él como si el personaje que estamos viendo en la pantalla del televisor se saliese de repente y se pusiese delante nuestro en carne y hueso. Esa irrupción imprevista produce una especie de choque emotivo como si de amenaza enigmática se tratara. A la postre, esa especie de "globalidad de cuerpo presente" casi siempre termina en reacciones pasionales y a veces en miedo. Pero para disipar los fantasmas no hay que discutir, basta con ir a su encuentro. Los apuntes que siguen son una invitación a ir al encuentro del fantasma.

### **Maneras de tratar la cuestión migratoria.**

Las migraciones contemporáneas constituyen un fenómeno humano masivo con consecuencias importantes tanto para quienes se lanzan en la aventura migratoria como para quienes se ven como los sujetos pasivos de la misma: las poblaciones receptoras. Un fenómeno de tales dimensiones económicas, políticas, sociales, humanas, no podía por menos de ser objeto de una multitud de estudios realizados con objetivos y desde ángulos muy diversos. Los unos, explicativos, se interrogan sobre las causas y los procesos para intentar comprender los fenómenos migratorios en sus orígenes, en sus dinámicas internas y también en sus consecuencias sobre los actores. La literatura a este respecto es muy variada. Comprende desde relatos de vida de los protagonistas de la emigración., hasta minuciosos análisis sobre el efecto de llamada de sectores económicos particulares en trance de perder un nivel aceptable de rentabilidad a causa del encarecimiento, por escasez relativa, de una mano de obra necesariamente numerosa. Pasando por encuestas lingüísticas, económicas, demográficas, etc. En general se conciben estos estudios a partir de las disciplinas que profesan sus autores: economistas, sociólogos, demógrafos, sicosociólogos, etc.

En el ámbito de la mecánica general del fenómeno, dominan las explicaciones generales economistas, los determinismos que rigen las relaciones económicas Norte Sur. Según esta lógica, las migraciones serían un caso particular dentro de las relaciones económicas desiguales entre un Norte industrializado, súper equipado y por lo



tanto con una altísima productividad de su mano de obra, y un Sur cada vez más empobrecido, o en todo caso, cada vez a mayor distancia del Norte en cuanto a equipamientos y productividad. De este modo, de la misma manera que el Sur exporta hacia el Norte materias primas brutas o con poco valor añadido, también exporta una mano de obra excedentaria por falta de los equipamientos necesarios para ponerla a trabajar en condiciones de rentabilidad aceptables. Esta mano de obra bruta, no cualificada, es como la materia prima del trabajo.

Como todo intercambio de tipo económico, éste debería de autorregularse por la ley del mercado, por un encuentro libre y sin trabas de la oferta y de la demanda, con un mínimo de intervenciones administrativas. Esta es, dicha de manera caricatural, la posición mantenida por algunos economistas severos de la escuela de Chicago partidarios de una mayor apertura de fronteras en Estados Unidos, tan sólo limitada por razones de orden público. Pero el orden público, dicen, no es una categoría propiamente económica. Como cualquier otro factor de producción, la mano de obra, el factor trabajo bajo todas sus formas, debe de gozar de un máximo de movilidad para estar disponible allí donde se la necesita.

Esta concepción no solamente tiene un interés académico. Inspiró directamente las políticas económicas de las principales potencias europeas y americanas durante el largo período del liberalismo triunfante, desde el final de las guerras napoleónicas hasta las vísperas de la Primera Guerra Mundial. E inspira todavía en la actualidad la política migratoria del ala conservadora del Partido Republicano de Estados Unidos y concretamente la de los presidentes Reagan, que regularizó de un golpe a 3 millones de clandestinos, y Bush, que se dispone a hacer otro tanto a pesar de la mala coyuntura y el alza inquietante del índice de desempleo.

Naturalmente, todo el mundo sabe que el factor trabajo no es una mercancía cualquiera, fabricada solamente para ser vendida, aunque su valor se establezca sobre la base de sus costes de producción y, coyunturalmente, por la oferta y la demanda. Pero esta concepción ha fundamentado todas o la mayoría de las decisiones prácticas de la política migratoria en Occidente. Así, en Bélgica, el organismo encargado de regular los flujos migratorios se llamó hasta hace 15 años la Comisión Tripartita de la Mano de Obra y su criterio en la toma de decisiones durante sus 45 años de funcionamiento, ha sido la necesidad de comprimir los costes de la mano de obra en sectores clave, estratégicos, de la economía belga desde el final de la guerra hasta principios de los años 80: la minería del carbón, la siderurgia, las obras públicas y la construcción. Y adaptar la cuantía de los flujos a la influencia de la coyuntura económica sobre las necesidades fluctuantes de mano de obra de estos sectores. (Ver A. Martens: "Les immigrés flux et reflux d'une main d'oeuvre d'appoint", Tesis doctoral de la Universidad de Leuven.)

Esta concepción decididamente unilateral explica en su mayor parte la falta de previsión de las políticas migratorias y en consecuencia las sorpresas, desencuentros y otros malos ratos vividos por los inmigrantes en la mayoría de los países de Europa Occidental, salvándose solamente de la miopía Holanda y los países escandinavos.

Un sindicalista suizo, parodiando a un responsable político, decía:



"Pedíamos mano de obra y va y nos trajeron personas". Personas, es decir hombres, mujeres, ancianos, niños (¡muchos niños!), activos e inactivos, capacitados y discapacitados, con costumbres, lenguas y religiones distintas.

Como reacción ante las insuficiencias de las políticas y las "sorpresas" que infligen los distintos flujos y sus consecuencias sobre su inscripción en el paisaje económico, político y también ideológico y cultural, aparecen una segunda categoría de estudios que tienden a considerar las migraciones como un problema. O más bien como problemas, puesto que desde esta posición se analizan los fenómenos migratorios como un abanico de dificultades o disfunciones que se tienden a tratar aisladamente o por familias. Por ejemplo, la cuestión del control de los flujos (problema central hoy en día), problema de control territorial que surge cuando una comunidad antes minoritaria controla una porción de territorio, o la cuestión de la escolarización de los niños, o de las condiciones de trabajo (lícitas o ilícitas), o de las delincuencias más o menos específicas, etc.

Se trata pues de puntos de vista parciales o sectoriales delimitados con arreglo a una problemática central y con finalidades esencialmente prácticas: describir y analizar las dificultades y apuntar remedios. Un buen ejemplo de este enfoque sectorial lo da una obra de reciente publicación en Bélgica: "La Belgique et ses immigrés" (DeBoeck Université 1998, 263p.). Los autores contemplan, sector por sector, las ocasiones fallidas de la política belga: la ciudadanía y el derecho de voto, la integración social a través de la sindicalización, la discriminación y la igualdad de trato, la expresión cultural, la imagen en los medios de comunicación, el reconocimiento del Islam y la escolarización de niños y jóvenes..

Frente a estas posiciones generales de los estudiosos, se echan en falta:

- Trabajos que den cuenta de la complejidad y variedad de los fenómenos migratorios y que, por lo tanto, los aborden de manera multidisciplinar.
- Trabajos que tengan en cuenta la profundidad histórica con la que ya se cuenta en estos temas: hace más de siglo y medio que comenzaron las grandes migraciones masivas transoceánicas que inauguran la era de las migraciones contemporáneas, y Bélgica tiene una balanza migratoria regularmente positiva desde 1919. Semejantes distancias autorizan a una mayor serenidad científica.
- Trabajos que consideren las situaciones multiculturales surgidas con las migraciones no solamente como "problema", es decir como fuente de dolorosos reajustes, dificultades y disfunciones, por no decir conflictos, sino como oportunidad inédita de intercambios múltiples y por lo tanto de enriquecimiento mutuo.

Así pues, a partir de esta posición general de colocar lo local en lo global y lo coyuntural en la historia, tocaremos algunos puntos susceptibles de aportarnos perspectivas y puntos de apoyo para la elaboración de políticas locales de desarrollo.

## **I Los orígenes de las migraciones contemporáneas.**



Este punto permite dar elementos de respuesta a preguntas como: ¿Son las migraciones actuales un fenómeno duradero? O ¿Qué mueve a la mayoría de emigrantes, qué les impulsa a venir y qué buscan? ¿Se van a quedar o se van a volver?

Las migraciones de poblaciones compactas o de individuos aislados han tenido siempre su origen en traumas sociales de grandes magnitudes. Las Tres Parcas de la mitología griega han servido tradicionalmente para simbolizar a los motores más poderosos de las migraciones: la Guerra, el Hambre y la Peste (epidemias y otras catástrofes naturales). Estas causas tradicionales continúan activas, pero sólo la primera produce migraciones a larga distancia. Las otras dos no llevan muy lejos a los afectados, tanto si actúan aisladamente o si se dan juntas. Pero con frecuencia las tres se juntan en trágica alianza y antes como ahora continúan produciendo movimientos de población cada vez a mayor escala.

Sin embargo, a primeros del siglo XIX, primero en Inglaterra y después en el Continente, del centro hacia el Norte y por último hacia el Sur, se extiende un traumatismo social de nuevo tipo. Se trata de lo que podríamos calificar de cambio radical en la gestión social y política (y religiosa) de la precariedad rural (los "poor"). La subsistencia de las poblaciones rurales en situación de precariedad se asentaba en algunos pilares de diversa naturaleza:

- el acceso asegurado a baldíos y tierras comunales que, aunque marginales, permitían algún aprovechamiento: madera muerta, pastos, pequeños huertos;
- el acceso del ganado a los rastrojos y la recogida del grano perdido;
- la caridad instituida cuya magnitud sorprende en la actualidad: a mitad del siglo XVIII el obispo de Cádiz, ciudad rica en un entorno pobre, llegó a repartir hasta 20.000 panes al día entre la población menesterosa de los alrededores. (Benassar, "Historia de los españoles");
- y por último, las leyes represivas del vagabundeo, de Isabel I, que en la práctica asignaban a residencia a los pobres rurales.

Las bases de esta construcción de contención de la pobreza se erosionan cada vez más por la privatización de cualquier tierra comunal susceptible de producir la más mínima renta y su inmediato cerco, lo cual provocó la llamada "guerra de las cercas". La reforma de Speenhamland (especie de renta mínima garantizada, pagada en moneda) hace pasar la caridad de gestión eclesiástica a fondos alimentados por las tasas municipales que ponen en bancarrota a la casi totalidad de los ayuntamientos ingleses. Tras la quiebra de las finanzas municipales y en un ambiente de grave degradación provocada por el alcoholismo (los campesinos subempleados perciben el subsidio en dinero y se lo gastan con excesiva frecuencia antes de llegar a casa), las leyes de 1830 y 38 suprimen todas las ayudas a los pobres excepto los asilos y la sopa popular, al tiempo que se abrogan las disposiciones contra el vagabundeo: los desplazamientos entran en la legalidad.

Y de repente, millones de rurales caen sobre las ciudades en busca de cualquier medio de subsistencia. Las industrias nacientes se benefician de la competencia exacerbada entre los recién llegados pero es incapaz de absorber la gigantesca demanda. Entonces, por millones, los nuevos emigrantes toman el camino de ultramar, facilitado por la baja de los



fletes consecuente a la introducción del vapor en la navegación. Este mecanismo de expulsión traumática de los rurales de sus lugares seculares de enraizamiento se extiende como reguero de pólvora por el Continente. El resultado es un fenómeno totalmente novedoso en la historia de los movimientos de población en el mundo: En poco mas de un siglo, unos 100 millones de europeos van a abandonar el Viejo Continente por otros nuevos, esencialmente América: Estados Unidos (unos 65 millones), Canadá, Australia, Argentina, Chile, África del Sur y del Norte para solo citar los mas importantes.

Hasta ahora hemos apuntado lo que podíamos llamar el "efecto de expulsión", que es sin duda determinante a la hora de partir. Las formas difieren según las sociedades, puesto que cada una posee sus propias modalidades de asegurar la supervivencia de sus masas rurales pobres.

En el Norte de África será la usurpación de aguas de regadío, de tierras marginales que se esterilizan por sobrepastoreo, o la confiscación por la Corona de los llamados "bienes Habu", grandes y ricas fundaciones de caridad que se alimentan de limosnas y otros legados. Pero a estas evoluciones se suman nuevos factores: diplomados sin empleo posible y que las redes sociales familiares se ven imposibilitadas de asegurarles futuro. La propia capacidad de la gran familia africana para asegurar el mínimo vital a sus miembros desvalidos, auténtica institución de seguridad social general, se ve cada vez más menguada por la pérdida de vigencia social de las obligaciones de sus miembros activos. La apropiación de los ingresos monetarios es cada vez mas privativa. Y la inexistencia de un Estado providencia obliga a millones de personas a marchar al extranjero para sobrevivir ellos o (y) hacer sobrevivir a quienes dependen de ellos.

Por último, los procesos de individuación acelerada, presentes en todo el Tercer Mundo, suscitan aspiraciones generalizadas a la autorrealización individual. Los individuos tienden a emanciparse y a extraerse de los sistemas jerarquizados de solidaridad primaria, y las obligaciones de reparto que imponen a los mas activos, considerados como opresivos y cada vez menos soportables.

No basta sin embargo examinar el efecto de expulsión para dar cuenta de las modalidades prácticas de las migraciones. Hay también "un efecto llamada". En la mente del candidato a la emigración se instala poco a poco un "oscuro objeto de deseo" que va a galvanizar la voluntad del candidato y va a dirigir su proyecto de vida durante la fase de vagabundeo y de sedentarización del emigrante. Cada época privilegia un "objeto" particular. Durante el siglo XIX el "objeto de deseo" era la tierra, como en tiempos anteriores fue el oro, o en las familias puritanas del XVI y XVII la Tierra Prometida, la sociedad de Dios. En la actualidad cualquier proyecto migratorio pasa por su traducción en el equivalente universal que es el dinero. El dinero concentra pues todas las ansias del emigrante, aunque detrás de esa traducción se encuentren otras motivaciones poderosas que dependen de otros registros de la persona..

A este efecto de llamada contribuyen poderosamente elementos de tipo ideológico transportados por el prestigio y las imágenes de un Occidente rico, todopoderoso, libre y los procesos de individualización de las relaciones humanas inducidos por la transposición de los modelos de convivencia occidentales. Obras como la novela clásica de



Steinbeck "Las Uvas de la Ira" o la película de Cimino "Las Puertas del Paraíso" ilustran muy bien la fuerza del mito y la trágica distancia entre mito y realidad.

También las relaciones de fuerza entre grupos y sociedades han cambiado. Las migraciones europeas a ultramar se hicieron sobre un supuesto "espacio vacío" obtenido mediante la liquidación manu militari o por medios menos cruentos, de la población autóctona. Siempre sobre la base de un control territorial previo, instalado gracias a la supremacía militar, y unas reglas del juego (económicas, sociales, y culturales) establecidas por los propios inmigrantes.

Ya no hay "espacios vacíos". Todos los espacios se hallan bajo status de apropiación por un Estado y poderosamente protegidos. Sólo se entra con permiso y ese permiso esta muy condicionado. De modo que el inmigrante debe aceptar su condición subalterna o ilegal en una relación de fuerzas que le asigna durante mucho tiempo a un lugar predefinido como inferior.

Tratemos de modelizar ahora las líneas generales de adaptación del inmigrante.

## **II Los procesos de inserción.**

Como todos los objetos fantasmáticos, el que persigue el inmigrante poco tiene que ver con las realidad con que se va a topar al llegar al país de sus sueños. El objeto fue elaborado en el país de origen con retazos de informaciones fragmentadas y descontextualizadas, de imágenes sugerentes con fuertes connotaciones sexuales, de relatos míticos, que cobran fuerza y sentido en el contexto de la realidad insoportable en que nacieron. Pero se trata de un objeto activo, en el sentido de que va a seguir teniendo una influencia decisiva sobre las orientaciones concretas y la cadena de decisiones que van a definir la vida del inmigrante. No obstante, la realidad va a imponer su dura ley provocando el llamado choque migratorio.

Varios elementos entran en línea de juego para producir el choque: El primero es la toma de conciencia de las pérdidas. Al salir el emigrante cree ver claro lo que quiere ganar pero rara vez sabe lo que va a perder, puesto que lo que va a perder él lo percibe como una realidad y no como valor. Rápidamente el emigrante va a sentir profundamente estas pérdidas:

- pérdida de los afectos familiares y amistosos, de los lugares que le vieron nacer, crecer..., del sabor de los alimentos, del calor del sol y de una sociabilidad que da sazón a la vida;
- pérdida de status social: tu familia, tu clase pierde totalmente su visibilidad y su efecto de cobijo en una imagen de valor reconocido por un amplio entorno. Anonimato y soledad te indican que ya solo eres nadie. (Tahar BenJelloum, "La mayor de las soledades");
- pérdida también de competencias profesionales y sobre todo de sus bases culturales: lengua de comunicación sin la cual poco valen las competencias de tipo escolar, los "modus operandi" sociales, la noción de los ritmos del tiempo y de su interiorización;
- Por ultimo, toma de conciencia de que las creencias y los valores sobre las que él edificaba su valía "simbólica" (Pierre Boudieu) han perdido vigencia social y se vuelven, por el contrario, estigmas sociales



de atraso o de oscurantismo. (Carmel Camilleri: "Las identidades culturales", UNESCO; "Les stratégies identitaires").

Así pues, siguiendo a Bourdieu podríamos decir que el inmigrante se ve despojado, por el mero hecho de su descontextualización, de su capital social, de su capital cultural básico y de la parte de su capital simbólico que depende del eco social de atribución de valor.

Paralelamente el inmigrante percibe la rigidez de las barreras legales y sociales que le impiden restablecer su situación: legalidad administrativa, asignación a un sector laboral, delito de "sale gueule" (de mala cara), etc. No es de extrañar que este periodo vea nacer depresiones, afecciones psicosomáticas como úlceras de estómago y conductas de adicción producidas (o aumentadas) por el miedo y el estrés.

La recomposición se va gestando paulatinamente en base a factores externos y otros interiores:

- La entrada en la legalidad es una base indispensable para la recomposición del mundo del inmigrante. Fuera de la legalidad no hay proyecto, ni estabilidad, ni salida del miedo permanente, ni medios materiales, ni posibilidad de dejar la condición de errante.
- La aglutinación y consolidación de un tejido humano entre personas del mismo origen que comparten esquemas culturales básicos, constituye una segunda base externa importante. Este tejido sociocultural evita el cara a cara permanente con la diferencia, siempre agotadora por el esfuerzo de adaptación que requiere, aun mas en situación de inferioridad patente.

Mas de origen interno serán:

- Las bases de cultura escolar general de que pudiera disponer la persona al migrar. Haber logrado un diploma universitario significa disponer de herramientas mentales que siempre son útiles aunque el diploma carezca de valor legal y profesional. En cambio nos es difícil imaginar como un analfabeto puede llegar a orientarse simplemente en el metro de una ciudad desconocida. La contrapartida de la cultura escolar es la profunda decepción que sufre el inmigrante cuando se le significa que esa cultura no tiene valor social y profesional mientras tenga determinado permiso de trabajo y no domine la(s) lengua (s) del lugar.

- Mas difícil de definir es lo que Camilleri llama función adaptativa de la identidad ontológica o profunda: la que proporciona al sujeto una conciencia íntima de su valor y del sentido de su vida. El choque cultural produce siempre una cierta disolución de este núcleo central de la personalidad. Su recomposición será función de la solidez de los anclajes afectivos primitivos de ese núcleo y por lo tanto de la capacidad de enfrentar la diferencia sin que esa diferencia constituya una amenaza.

Solidez y flexibilidad, mantenimiento de los lazos afectivos fundadores, son los factores decisivos, de origen interno, de la capacidad de adaptación sin disolución de la personalidad.

- Tenemos que citar por ultimo la propia fuerza del proyecto migratorio, sus posibilidades de evolución sin menoscabo de su capacidad de movilizar las energías del inmigrante. El enraizamiento se manifiesta cuando, reunidas las condiciones básicas de legalidad y de acceso al mercado laboral, el inmigrante pasa de ser una especie de "electrón



libre" a formar parte de un tejido social mas o menos estable. La reagrupación familiar constituye un hito determinante en este proceso de sedentarización, así como la inclusión en un tejido intracomunitario en el que la persona puede realimentar su identidad y acceder a una existencia social básica. Las mallas de este tejido social pueden ser múltiples: desde centros espirituales, lugares de ocio y de sociabilidad informal, conglomerados asociativos, hasta fiestas o clubes deportivos.

En un medio desprovisto de capital social, esta red social intracomunitaria ofrece informaciones y oportunidades de empleo gracias a una labor insensible de ocupación de espacios laborales por una comunidad. Se trata del llamado empleo comunitario o étnico (empleo asalariado o autoempleo).

Las redes comunitarias informales acaban ejerciendo un control mas o menos eficaz sobre ciertos segmentos del mercado de trabajo. En general se trata de niveles de baja cualificación, como por ejemplo el trabajo doméstico o el peonaje temporero en la agricultura y en la construcción o el personal subalterno de hospitales y residencias de ancianos y minusválidos. Pero con el tiempo y una organización intracomunitaria de mayor eficacia se logran controlar subsectores que se convierten en verdaderas especialidades étnicas. Valgan como ejemplo las redes de restaurantes y de almacenes de productos importados de China de los miembros de esta comunidad. Otro ejemplo relevante de casi monopolio por parte de una comunidad es el de la industria y el comercio internacional del diamante por parte del colectivo judío de Amberes que utiliza en beneficio propio las redes comunitarias internacionales. Este colectivo ostenta también el monopolio de los intercambios con Israel, socio comercial de Bélgica de gran importancia en relación con su peso específico en la escena económica mundial.

Un ultimo ejemplo de la importancia de las redes comunitarias, mas cercano a nuestras preocupaciones: la decisión de la federación de asociaciones de padres de familia de inmigrantes españoles en Bélgica de crear un centro de formación y de orientación para los hijos de los emigrantes destinado a aprovechar la oportunidad que represento la entrada de España en la Comunidad Europea. Gracias a esta decisión del colectivo español estructurado en red pudieron acceder a un empleo europeo mas de doscientos hijos de inmigrantes en la década de los ochenta. Pasada esa coyuntura excepcional, el Centro así creado se especializo en la inserción social y profesional de inmigrantes y minorías.

### **III Balances.**

Las migraciones afectan en primerísimo lugar a las personas que las viven como protagonistas. También tienen un impacto sobre los países de origen y receptores. Y por ultimo, sobre los entornos, sobre todo urbanos y a veces rurales, en los que, muy concretamente, se instalan los inmigrantes.

Hagamos un esquemático, balance en términos de mas y de menos, de la incidencia de la aventura migratoria en estos tres niveles.

El nivel individual es quizá el mas escurridizo, el mas difícil de fijar, porque varia considerablemente según la etapa en la que se encuentra



el emigrante. Si éste se encuentra bajo los efectos del choque migratorio, inmerso en la angustia de la clandestinidad o en la inseguridad de papeles a corto plazo, sin mas horizonte que pocos meses y empleos aleatorios de sobreexplotación, el balance será, seguro, muy negativo. Acabará confesando que si no se vuelve a su país es por no presentarse vencido y humillado, por vergüenza propia y familiar. Años mas tarde, con la familia reunida, los niños en la escuela y el piso (los pisos: uno aquí, otro allí) empezado a pagar, el mismo emigrante se felicitará de su estancia en el extranjero y del disfrute de la seguridad y del bienestar que brinda nuestra sociedad. Colocará en el platillo negativo las múltiples discriminaciones, los controles vejatorios, la vulnerabilidad en el tema del empleo, el acceso cortado a la ciudadanía... Pero estos rasgos negativos apenas empañan un saldo global netamente positivo.

Pero siguiendo adelante en su biografía personal, llegado a los 50, a los 60, nuestro hombre (nuestra mujer) observa decepcionado que su hermano, su primo, su íntimo amigo de la infancia que nunca emigró, goza allí, en su ciudad natal, de un nivel de vida igual o superior al suyo, con una calidad de vida a lo largo de tantos años incomparablemente mejor a la suya allá en "las tinieblas exteriores". Se ve, además, prematuramente expulsado del mercado de trabajo por invalidez profesional, enfermedad o paro prolongado. Su status de jefe de familia se ha visto inmediatamente menguado, teniendo que aceptar que su mujer más joven y más resistente le reemplaza en el trabajo fuera de casa y usurpe así su puesto y su figura de padre ante los hijos. Esos hijos se han vuelto extraños para él. No hablan su lengua, no creen en su Dios, no aman su tierra, no comparten ni costumbres ni valores. Cualquier diálogo se vuelve diálogo de sordos. Volver allí sería revivir. Pero no se da marcha atrás a la historia. Su lugar de origen ya no lo reconoce como a uno de los suyos y él reconoce los lugares pero no las gentes: todos han cambiado radicalmente. Será extranjero aquí y allí. Y errará, mientras le queden fuerzas, entre ese aquí y ese allí.

Pasemos ahora al nivel superior, el de los estados de origen y de acogida. El país de origen pierde sus elementos mas audaces, mas dinámicos y buena parte de su personal mas competente. De 1985 a 1990 Africa pierde 60.000 diplomados superiores. El 60% de los médicos de Ghana ejercen fuera de su país. En 1987, Sudán, en el maremagno del cambio de régimen, ve la fuga del 17% de sus médicos, el 20% de sus profesores de universidad, el 30% de sus ingenieros, y la hemorragia no se detiene ese año. Generalizando podemos decir que el país de origen pierde todo lo invertido en gastos de reproducción: cuidados médicos, escolaridad etc., gastos muy difíciles de evaluar y que en todo caso no han sido evaluados en nuestro conocimiento, lo cual es ya significativo. ¿Qué ganan a cambio? Una descompresión social indudable, como lo muestra el ejemplo inglés del siglo XIX y lo siguen demostrando países como la España de los 60 o el Marruecos de los 70 a los 90. Y tantos otros: Filipinas, Pakistán, Sri Lanka, Ecuador, Colombia, Méjico, Guatemala, Nicaragua, Salvador, Argentina, Nigeria, Jamaica, Haití, Argelia, Líbano, etc., etc., etc. De los 209 estados que componen hoy el mapa político mundial, la mitad, unos 100 se encuentran implicados en los procesos migratorios: 43 como países receptores, 33 como países de salida y 24 como países mixtos que, como España, tienen emigrantes



fuera e inmigrantes dentro: por cada inmigrante en España hay casi 3 emigrantes fuera, concretamente 2.134.730 frente a los 1.159.082 extranjeros regulares o rechazados en la regularización. Todos estos países emisores ganan también mucho dinero. Las remesas de los emigrantes españoles en los años 60-70 suponían alrededor del 3% del P.I.B. Y, manera de exportar desempleo, la tasa de paro al principio de los 70 era solamente del 1%.

Los emigrantes marroquíes en Europa enviaron a su país en 1993 unos 175.000 millones de pesetas, lo que equivale al 23% de los ingresos corrientes, y supone el doble de los ingresos del turismo o de los fosfatos, elementos esenciales de la balanza de pagos marroquí. Y en 1996 la suma se multiplica: 411.350 millones de pesetas.. Estas remesas suponen 4,5 veces más que la ayuda al desarrollo que Marruecos recibe. Y como él, los demás países de emigración. Estas divisas no quedaran por supuesto en el país: alimentarán las compras en el extranjero de bienes de equipo o de lujo, alimentos, armamento y un largo etc. que hará de estos países clientes interesantes.

En cuanto a los países receptores, ganan:

- una mano de obra adulta que no han tenido que criar, educar, mantener durante los largos años de inactividad. Esta ganancia es máxima cuando se trata de personas, cada vez en numero mayor, con niveles altos o muy altos de cualificación;
- ingresos importantes para el Estado: "La contribución de los inmigrantes a las arcas del Estado fue superior en 187.000 millones de pesetas a lo que Hacienda pública gasto en ellos en 1998. Esta es la conclusión de un estudio encargado por el IMSERSO a la Universidad Pontificia de Comillas, que reúne datos de 1996, 97 y 98". (El País, 31-7-00);
- la presencia de este volante de mano de obra eminentemente móvil y maleable, con frecuencia no declarada con lo cual su coste es todavía menor, permite mantener a flote de rentabilidad sectores económicos como el hortofrutícola que no podría soportar los costes "españoles" de su mano de obra, sujeta además a grandes fluctuaciones estacionales.
- los efectos positivos sobre la tasa de población activa (al menos en un primer periodo) y en consecuencia sobre los ingresos que a los fondos de pensiones y de seguridad social.
- la caída de la tasa de natalidad tiende a detenerse bajo los efectos de la mayor fecundidad de las mujeres inmigrantes y las clases de edad deficitarias correspondientes a niños y jóvenes ven sus efectivos reforzados, aunque menos que las de jóvenes adultos masculinos.

Las dificultades y los desafíos son menos de orden económico que de orden jurídico, político, social o cultural en el sentido amplio.

- Desde el punto de vista jurídico, el mantener en la ilegalidad a cien o doscientos mil clandestinos sin más delito que la falta de papeles provoca situaciones de sufrimiento y de incitación a la delincuencia para sobrevivir, amén de manipulaciones mafiosas bien conocidas en sectores como la prostitución o la construcción.
- Desde el punto de vista económico, el balance es casi completamente positivo. Quedan situaciones de competencia desleal entre trabajadores, pero la segmentación del mercado de trabajo deslinda de manera clara las zonas de acceso a los emigrantes y a los autóctonos.
- Un panorama muy distinto se ofrece en el terreno social y cultural. Desde las modalidades de ocupar una vivienda (noción de limpieza,



orden, promiscuidad...) hasta las maneras de reunirse y de constituirse en grupo, las formas de sociabilidad, las creencias y los valores, todo es motivo de choque emotivo y de perturbación. Cuando se encuentran frente a frente una población extranjera numerosa, con mucha visibilidad pública, de hombres jóvenes y solos (con problemas de acceso a la mujer) frente a una población autóctona fragilizada, angustiada por su futuro (población residual belga del centro de Bruselas: jubilados pobres y solos) o inmersa en una complejidad económica que no acaban de dominar (pequeños propietarios de invernaderos del Ejido, desarraigados ellos mismos), los problemas de cohabitación pueden volverse explosivos. Pero estos desafíos se dirimen a nivel local y no a nivel estatal.

- Por otra parte, los estados modernos y el estado español también, se han constituido en torno a la ideología del Estado-Nación, la cual se apoya en tres grandes unidades: unidad territorial, unidad de lengua, unidad de pueblo o raza. A ello podemos añadir la unidad religiosa sustituida hoy por la adhesión a la laicidad. Y esa construcción exige una identificación fundamental del nacional que se traduce en lealtad primera. Las nuevas construcciones estatales se siguen edificando sobre las mismas bases e insisten particularmente sobre los pilares inciertos: territorialidad, lengua, historia... Este tipo de construcciones en sus dos variantes francesa y alemana (la variación principal es la importancia del "ius solis" en Francia y del "ius sanguinis" en Alemania) se presta mal al tratamiento de las minorías étnicas y culturales. Las opciones son: o bien la asimilación total de la minoría, es decir su desaparición como tal, o, al contrario, el aislamiento de la minoría, su encerramiento en sí misma, posición cuyas manifestaciones extremas se han dado en Alemania y en África del Sur. Los imperios tradicionales han sido mucho más flexibles en este campo por su conciencia de la heterogeneidad irreductible de sus súbditos, admitiendo incluso (imperio otomano) una multiplicidad de jurisdicciones comunitarias para todo lo que no toque a la seguridad del Estado, al derecho administrativo público (impuestos) y al derecho comercial. Quizá haya que buscar en esas raíces imperiales la tolerancia hacia la auto organización en cuestiones "domésticas" de las minorías en Inglaterra y en Holanda en las que la memoria de la heterogeneidad imperial aun perdura.

En la práctica, las políticas aislacionistas provocan reacciones defensivas de la identidad propia y diferenciada. Si se trata de minorías que pueden pretender a un control territorial con base de legitimación en torno a los atributos del Estado-Nación, la reacción tomara la forma de nacionalismo subjetivamente defensivo, pero percibido como ofensivo por la sociedad mayoritaria. En las minorías no territoriales las reacciones defensivas toman dos formas: las actitudes implorativas o reivindicativas: "nos pedís que nos volvamos como vosotros, que renunciemos a nuestras señas de identidad, y lo hacemos, pero nunca acabamos de ser admitidos a la posición de igualdad que proclamáis: acceso a la ciudadanía, a la igualdad de trato, al reparto de la riqueza...". La otra posición defensiva consiste en la crispación en torno a rasgos de identidad que se consideran como fundadores y que en consecuencia se van a hipertrofiar. Tal es el caso de los movimientos integristas islámicos.

Estas reacciones sorprenden siempre porque las consecuencias de los procesos de aculturación acelerada y forzada aparecen, en términos de



desagregaron social y de reacciones crispadas de violencia, después de un plazo de incubación que dura en torno a una generación. Si observamos los procesos de cambio en los inmigrantes vemos que en la primera generación las adaptaciones son sobre todo prácticas e instrumentales, todo lo más las conductas exteriores. El interior permanece anclado en el país de origen.

La contradicción entre los dos mundos va a estallar en los hijos de esos inmigrantes. Ellos estarán realmente habitados por los dos mundos sin que ninguno pueda imponer su lógica propia. Con lo cual se pierde toda lógica y toda estructura y afloran las pulsiones y el paso al acto. El mismo comentario sobre "el tiempo de incubación" podríamos hacer ante algunas crisis de sociedades del Tercer Mundo. La colonización no afecta profundamente la sociedad autóctona, tan sólo ciertas élites políticas e intelectuales que siguen largos estudios en las metrópolis. Con las independencias esas élites toman el poder e imprimen a sus sociedades un proceso de aculturación forzada, apoyada por la cooperación internacional, que pretende recorrer en 20 años la distancia en la que Europa tardó dos siglos: estado nación calcado de la metrópoli, escuela en lengua extranjera, conversiones a religiones de importación (catolicismo, sectas cristianas de América, Islam wahabita, etc.). 25 años después, esas sociedades enferman muy seriamente de disgregación social y de fiebre integrista.

La cuestión de las lealtades pone de relieve el contencioso latente, la sospecha, entre el Estado-Nación y las minorías. Pertenecer a una comunidad cultural significa una asignación heredada de amigos y de enemigos. En tiempos de crisis esta cuestión actúa como reveladora de hasta qué punto la minoría es realmente aceptada por la mayoría y viceversa. Algunos ejemplos son evidentes: cuando Japón entró en guerra con Estados Unidos, todos los norteamericanos de ascendencia japonesa son encerrados en campos de concentración hasta el final de la guerra. Un ejemplo más reciente: en Bruselas, inmediatamente después del bombardeo de Libia por Estados Unidos, se organiza una manifestación espontánea de solidaridad con Trípoli en la que participan dos o tres mil personas de origen magrebí en su mayoría. Acto seguido el gobierno belga clausura todas las radios privadas de expresión árabe sin ninguna explicación y la Seguridad del Estado coloca bajo vigilancia a un buen número de personas de esta comunidad. La manifestación no protestaba contra Bélgica sino contra Estados Unidos.

Pasemos ahora al nivel de las comunidades urbanas para fijarnos en una ciudad como Bruselas, ciudad región de 950.000 habitantes. Tradicionalmente ciudad de obreros y de funcionarios, el equilibrio histórico entre sector secundario y terciario se rompe definitivamente en favor de este último a partir de los años 70. La desaparición progresiva del tejido industrial es compensada por el auge de los servicios dopados por la capitalidad europea. Los niveles de empleo no cambian cuantitativamente desde la crisis, pero esta permanencia oculta numerosos reajustes cualitativos. La tasa de desempleo varía poco, entre el 10 y el 11%.

La evolución demográfica de la ciudad arroja desequilibrios dramáticos: no solamente la tasa de natalidad de la población autóctona es la más baja del país, muy por debajo del índice de reproducción, sino que esta



población residual contaría con apenas 30% de activos. De hecho, unas 280.000 personas entran y salen cada día de las regiones próximas para trabajar en Bruselas. Gracias al auge del automóvil, a la facilidad de los transportes colectivos y al bajo precio de los terrenos urbanizables, hace ya tiempo que las poblaciones autóctonas abandonaron el casco urbano de la ciudad provocando una auténtica desertificación del centro: hace 20 años el 20% del espacio construido estaba desocupado y los precios eran sin duda, y siguen siendo, los más bajos de Europa para una capital de esa importancia.

Hoy el 27,8% de los habitantes son extranjeros y si añadimos las personas naturalizadas se alcanzan cifras del orden del 33% de personas pertenecientes a grupos étnicos y culturales minoritarios. La población de origen magrebí supera los 100.000 habitantes, siendo la segunda población extranjera a corta distancia de los comunitarios.

¿Qué efectos produce la presencia de estas poblaciones transplantadas en tan elevado número? De los 19 ayuntamientos o distritos de la ciudad-region, los 9 centrales se aproximan al 50% de población extranjera, sin incluir los naturalizados. Pero si se observan las clases de edad por debajo de la escolaridad obligatoria (18 años) llegamos a un porcentaje rayando al 80%!. Esto significa que el conjunto escolar de Bruselas funciona esencialmente gracias a la presencia de extranjeros. Otro tanto ocurre con una multitud de servicios: comercio, restauración, servicios sociales, servicios sanitarios, etc.

Se trata de poblaciones con un acceso difícil al mercado de trabajo. De los 11% de desempleados que cuenta la ciudad, las dos terceras partes son de origen extranjero. Esta situación se explica por la conjunción de varios factores: la evolución de la oferta de trabajo hacia el sector terciario (falta personal informático y de secretariado en sentido amplio) con una elevación considerable de los niveles de competencias escolares y técnicas, correlativa a la supresión de la casi totalidad del antiguo tejido industrial concentrado sobre todo a lo largo del eje del canal Charleroi-Amberes que atraviesa la ciudad por su tercio Norte. Por último, el sector de obras públicas ha sufrido un parón de casi 25 años (inauguración de las dos líneas de metro) y sólo queda la construcción y sobre todo renovación de viviendas (la población total se mantiene extrañamente estable) como yacimiento de empleo secundario relativamente estable.

La población inmigrante no está en su mayoría equipada ni intelectualmente ni en cuanto a competencias sociales para acceder a la oferta de empleo terciario. La exigencia del bilingüismo casi obligatorio, el fracaso escolar masivo de la segunda generación constituyen obstáculos insalvables para la mayoría. Los programas de formación ocupacional, numerosos y variados, se esfuerzan en paliar estos desajustes.

La población de origen inmigrante intenta ocupar los nichos de empleo de acceso relativamente fácil apoyándose en las solidaridades de tipo étnico. Se trata de sectores de baja productividad y fuerte incidencia del factor trabajo que se mantienen a flote de rentabilidad gracias precisamente a la utilización de una mano de obra infrapagada.

Citemos algunos ejemplos:

- El pequeño comercio orientado hacia la propia comunidad: alimentación, carnicerías islámicas, cafés, bancos y otros servicios



próximos a las comunidades;

- Servicios orientados hacia un público general: taxis en manos del colectivo magrebí, tiendas abiertas durante 24 horas (pakistaníes, hindúes), restaurantes, servicio doméstico y limpieza de oficinas (turcas y colectivos recién llegados de los países del Este europeo), prostitución (África central y países del Este), exportación de vehículos, de maquinaria, de videos, etc. hacia África negra, Maghreb, Oriente Medio, países del Este de Europa;
- En el sector secundario queda la construcción, ya citada, y todo el sector de reparaciones: electricistas, fontaneros, mecánicos de automóvil, etc.

Sin duda, no puede imaginarse la vida de esta ciudad sin la presencia masiva de la población de origen inmigrante y nadie, ni siquiera las organizaciones de corte fascista, ponen en duda la legitimidad de dicha presencia. No obstante, numerosas dificultades subsisten:

- La articulación política de las principales comunidades inmigradas y establecidas desde hace dos o más generaciones. En este punto, la diferencia de trato entre las minorías territoriales y las no territoriales es particularmente flagrante. La región de los Cantones del Este, lindantes con Alemania, albergan a 70.000 personas de habla alemana que ocupan tres distritos. Estas 70.000 personas constituyen una Comunidad de derecho constitucional con su mini parlamento, su ministerio de la educación y cultura, su red de enseñanza en alemán, su canal de televisión pública, etc. El colectivo de origen italiano en su tercera o cuarta generación cuenta con unas 280.000 personas que no tienen la menor existencia en el terreno institucional. Es más, se ven forzados a inscribirse en los registros electorales en sector francófono, neerlandófono o germanófono aunque su lengua materna siga siendo el italiano. A falta de canales institucionales de representación de su realidad sociopolítica, el llamado "voto étnico" constituye un fenómeno que los partidos tradicionales no consiguen dominar.
- Las grandes instituciones sociales que son la escuela, la sanidad pública y otros servicios municipales o regionales no han modificado su personal y sus prácticas en función de la realidad multicultural sobre la que tienen que trabajar. No solamente no se tienen en cuenta las aportaciones culturales de estas minorías (exceptuando el té a la menta y el cuscus) sino que se hace lo posible para desterrarlas como signo de resistencia a la apisonadora cultural de la mayoría. Las consecuencias de este no reconocimiento son importantes. Contribuyen activamente a la contestación de la autoridad de los profesores, al escepticismo de los alumnos y de sus familias y al divorcio institucional entre las minorías y las instituciones públicas belgas.
- La discordancia entre la demanda de competencias profesionales y los niveles escolares y de cualificación técnica de los jóvenes de origen inmigrante hace que esa fuerza de trabajo, numéricamente tan significativa, no encuentre empleo. Los problemas de personalidad y de inserción social propios de las situaciones transculturales acentúan aun más el riesgo de ver una fracción significativa de esta juventud orientarse insensiblemente hacia la marginalidad y la delincuencia. El 75% de la población carcelar de Bruselas es inmigrante o de origen inmigrante.

En el marco de esta pequeña contribución a la reflexión sobre la presencia de inmigrantes en un contexto local o estatal, no es posible llegar a conclusiones y mucho menos a recomendaciones. Tampoco



hablaremos de los intercambios culturales en los que unos proponen (imponen) su dios, su concepción del estado, su sistema económico y los otros su pollo al curry, su canción o la manera de trenzarse el cabello. En eso estamos también en los intercambios desiguales y los complejos de superioridad. Y en nuestras urgencias y premuras, pasamos al lado, sin verlos, de tesoros escondidos de humanidad, de sociabilidad, de artes de vivir seculares que sólo se pueden descubrir al anochecer, debajo de un mango, dejando transcurrir las horas escuchando el relato melodioso de un viejo herrero bambara cuyo hijo mayor vive en Bruselas.

La integración es el interés por la cara oculta de la humanidad, la escucha, el tiempo ofrecido como un don. Es perder el miedo, y que las otras formas de hacer humanidad no signifiquen poner en peligro la tuya, sino al contrario: el efecto de contraste te hace ver, como en un espejo, la cara oculta de tu propia cultura con sus luces y sus sombras. En esos tiempos perdidos, intercambiados gratuitamente, sin utilidad aparente, fluye la riqueza de la interculturalidad.

¿Como materializar el lema "UNIR SIN CONFUNDIR, DISTINGUIR SIN SEPARAR"? Este podría ser un punto de partida para la elaboración de una política migratoria integradora y dinamizadora a nivel local.

**Javier Leunda**

Director del CEFA-UO

Progreso Local en una economía global.

II Congreso de Desarrollo local. Bilbao Septiembre de 2001

